

IX.

Un triste filósofo ha dicho que el amor no era más que el deseo más ó menos perfeccionado por la literatura. Si esta máxima fuera cierta, resultaría que una pasión satisfecha es una pasión aminorada, y que, por último, llegaría á extinguirse en un tiempo más ó menos remoto. Esto daría que pensar á muchas damas; pero hay sin duda en esta cruel afirmación algo de absoluto. La prueba es que Felipe

de Boisvilliers, algunos meses después de la escena de los fuegos artificiales, estaba aún aturdido, loco y fascinado por su buena fortuna, hasta el punto de no sentir más que el placer del orgullo. Su aventura realizaba en toda su plenitud los sueños de su romántica imaginación. Aquel era el amor tal como el joven le había concebido, el amor poetizado hasta el último grado por la belleza y la distinción extremadas de aquella mujer encantadora, reavivado sin cesar por las dificultades y los obstáculos, embellecido por el misterio y dramatizado por el peligro.

La marquesa de Talyas guardaba en su alma un fondo de pasión que, largo tiempo comprimida, se extendía ahora como la ardiente lava. Amaba con locura á Felipe, y había entre las

maneras altivas y glaciales que usaba con todo el mundo, y el dulce abandono que tenía á los pies de su amante, un contraste lleno de los más lisonjeros halagos.

Teniendo por principio, como la duquesa de Longueville, que los amores sin cartas no son de gente elevada, exigió que Felipe la escribiese todos los días en que no podían verse, y el joven, que escribía bien, se prestaba gustoso á este capricho, sin reflexionar que en cada carta que escribía se jugaba la vida; pero experimentaba alguna satisfacción al obrar así, porque le parecía (sin razón) que arriesgando la vida salvaba el honor.

La Marquesa, que sabía muy bien que su marido no había de andarse en contemplaciones si descubría su infidelidad, recomendó á Felipe la pru-

dencia en sus relaciones con el Marqués, á quien por otra parte el joven no podía tratar con la misma cordialidad de antes, á no ser por un supremo esfuerzo de la voluntad. En cambio la Marquesa hablaba de esto con una naturalidad, que no dejaba de extrañarle un poco; y lo que más repugnaba al joven, era que en sus conversaciones particulares mezclara el nombre de su marido, que él evitaba cuidadosamente pronunciar. Pero las mujeres, sobre este particular, carecen de delicadeza y gusto.

Es de advertir que estas impresiones y estos escrúpulos, en lugar de debilitarse con el tiempo, en Felipe tendían á agrandarse, y á medida que se acostumbraba más á sus amores, se acostumbraba menos á sus remordimientos. También es de notar que su

sensibilidad sobre este punto pareció redoblarle después de un viaje de mes y medio que el Marqués hizo á Inglaterra, y durante el cual la Marquesa y Felipe habían podido verse más á menudo y más despacio. Desde entonces el joven sentía una repugnancia más viva que nunca en estrechar la mano del hombre honrado á quien engañaba.

Por una extraña fatalidad, el Marqués se unía á Felipe cada día más estrechamente, interesándose como un padre en sus estudios y en su carrera. Quería presentarle en sociedad, y como era un hombre de tan alta posición, no le era difícil introducir á Felipe en los salones, teatros y sitios donde se reunía la aristocracia, pensando que esto podría contribuir á hacer agradable la vida de un muchacho.

Todas estas bondades eran muy amargas para Felipe, avergonzando su natural honradez, olvidada tan sólo en un momento de loca pasión.

Un incidente inesperado vino á poner colmo á aquel justo suplicio.

Un día el Marqués había convidado á Felipe á comer con ellos en familia. El joven había observado que, durante la comida, el Marqués, su mujer y Juanito cambiaban señas misteriosas y sonrisas de inteligencia. Á los postres, Juan, á una mirada de su padre, se levantó con precipitación, y abriendo el cajón de una consola, sacó una gran carta, de apariencia oficial, que presentó á Felipe con aire de triunfo. Felipe, sorprendido, la abrió, y encontró en ella un título de la Legión de Honor, con algunas líneas cumplimentándole por su valiente conducta du-

rante la guerra. Al levantar los ojos, vió que el Marqués estaba en pie delante de él y que le tendía los brazos sonriendo. El joven se levantó, y abrazándole, dijo con voz sofocada:

— ¡Oh!.... ¡Gracias, gracias!.... ¡Sólo á vos debo este honor!....

— No, hijo mío (dijo el Marqués); le debéis á vuestros méritos...., y á mi mujer....; pues confieso que yo había tenido la ingratitud de no pensar en ello.... Pero ella me dió la idea...., y, es claro, no he tenido más que contar la historia del campanario...., y todo ha quedado hecho.... Pero, vamos.... ¿estáis contento?... ¡Oh, qué palidez!.... Mira, mira, querida mía.

Felipe se volvió entonces hacia la Marquesa, y la besó la mano, murmurando algunas palabras de reconocimiento.

Juanito, entre tanto, había vuelto á ir al cajón de la consola, y traía un pedazo de cinta encarnada de *moiré*.

— Vamos, caballero; poneos de rodillas ahí (dijo la Marquesa, separando un almohadón que tenía bajo sus pies). ¡Dame esa cinta, Juanito mío!

Y cogiendo la cinta, la pasó por el ojal de la levita de Felipe, arrodillado á sus pies, y la ató fuertemente con sus dos manos.

— ¡Bien! (dijo con su inocente sonrisa.) ¡Ya está armado mi caballero!

Y al mismo tiempo, como sus rostros se aproximasen, los ojos de la Marquesa le inundaron con su ardiente mirada.

Esta escena fué horrible para Felipe. Las mujeres, en cambio, que llevan tan lejos sus vicios como sus virtudes, se encuentran tan bien en la perfidia

como las serpientes en la maleza, revolviéndose en ella con una calma y tranquilidad que el hombre no puede sentir jamás. La superioridad de la Marquesa en el arte del disimulo, que es uno de los privilegios de su sexo, había muchas veces provocado el asombro y hasta la admiración de Felipe; pero en aquel momento no fué ciertamente admiración lo que le inspiró.

El joven celebró en lo íntimo de su alma poder explicar la profunda turbación de que fué presa toda la noche, pretextando el aturdimiento que le causaba una gracia y un honor tan inesperados.

Cuando entró en su casa, tuvo un acceso de verdadera desesperación. Aquella distinción que le concedían, siempre tan deseada y tan lisonjera, sobre todo á su edad, le llegaba por

manos que se la hacían casi odiosa. Se sentía envilecido por una recompensa, bien merecida, sin duda, pero que solicitada para él por el marido de su querida, le avergonzaba. El último velo de que la pasión había cubierto sus ojos cayó, dejándole ver en toda su indignidad su conducta hacia el Marqués.... ¡No era entre todos, aquel hombre el que cuyo reposo y honor debían haberle sido más sagrados?... ¡Habían sido hermanos en el combate, en el peligro, delante de la muerte le había salvado la vida, y había recibido de él igual servicio....! ¡y ahora le deshonoraba!.... ¡Oh! Había en todo esto algo que traspasaba la medida ordinaria de las traiciones de este género; algo que violaba la buena fe, la lealtad, el honor en sus más íntimas, en sus más santas delicadezas.... ¡Al fin lo comprendía!.... Pero ¡qué

de La Roche-Ermel, por su próximo matrimonio con un vecino.» Felipe comprendió que estas últimas palabras tenían por objeto quitarle todo escrúpulo y toda vacilación respecto á su viaje, y se entristeció al pensar que su padre hubiera podido creer necesaria aquella precaución.

Se dispuso á partir en el primer tren de la tarde que saliera para Normandía, y no queriendo dejar á París sin haber informado á los Marqueses de los motivos de su brusca partida, corrió á su hotel antes de ir á la estación. Al recibir la noticia la Marquesa, pareció muy extrañada, y hasta inquieta: ¿habría cogido al vuelo algunos signos precursores de enfriamiento? ¿Imaginaba que aquel viaje era la primera tentativa de emancipación? No se sabe; pero lo cierto es que sus preciosas cejas

se fruncieron, y que, mirando á Felipe frente á frente, le dijo que le enseñara la carta de su padre. Felipe enrojeció, y fué á buscar la carta, y con aquel retardo se vió en la necesidad de esperar al tren de la noche para ponerse en camino.

Durante el viaje, su alma se absorbió toda entera en las inquietudes que le causaba la salud de su padre.

Por fin llegó á Boisvilliers en la mañana del día siguiente, y tuvo la dulce sorpresa de encontrar á su padre levantado ya, y no conservando más señales de su enfermedad que un poco de debilidad y de palidez.

El señor de Boisvilliers se disculpó cariñosamente de haber hecho venir á su hijo por tan poca cosa.

—Sin embargo (dijo), no debo arrepentirme, hijo mío, porque se nos

presenta una ocasión muy á propósito para poner fin á todos nuestros disgustillos de familia , puesto que el matrimonio de vuestra prima Juana con vuestro compañero de colegio, el joven Chaville , está concertado , y ya no hay ninguna razón de delicadeza que os aleje de ella ni de nosotros. Gracias al tiempo transcurrido y á las circunstancias actuales , podréis en adelante ver sin ningún reparo á la familia de La Roche-Ermel , y ver también á vuestro padre más á menudo , evitándole muchas incomodidades, pues esos viajes á París empezaban á fatigarme mucho.

Después de haber felicitado á su hijo por el nombramiento de la Legión de Honor y por el buen resultado de sus exámenes (pues Felipe era ya auditor en el Consejo de Estado), el señor de

Boisvilliers le encargó que no retardase su visita á los La Roche-Ermel , pues sería tanto más agradecida cuanto más pronta , y después de la cual , además , quedarían ambos más tranquilos , pues era este , fuerza es decirlo , un paso enojoso , aunque indispensable.

El señor de Boisvilliers sintió vivamente que su estado de debilidad le impidiese acompañar y animar á su hijo en aquel primer encuentro.

Después del almuerzo , Felipe se puso en marcha hacia el castillo de La Roche-Ermel , el que , si bien recuerda el lector , estaba situado á corta distancia de casa de Boisvilliers , uniéndose ambos por sus avenidas.

Por el camino , Felipe no dejó de preocuparse por la acogida que le harían , preguntándose al mismo tiempo con curiosidad qué clase de mujer iba

á encontrar en su prima Juana. Hacía entonces cuatro años que no la había visto, y en esos años habían pasado tantos y tan graves acontecimientos, que parecían haber duplicado su duración. Así es que recordaba vagamente á aquella pobre prima, triste objeto de sus rencores y de su repulsión desde que había nacido.... Tan pronto aparecía á su imaginación tal como la había dejado la última vez que la había visto en el locutorio del convento, colegiala adolescente de largas manos y de ancha cintura, con un delantal lleno de manchas de tinta, como la veía (tanto había envejecido la niña en su imaginación) con las facciones ajadas y la cofia de su tía Angélica-Paula.

En medio de todas estas impresiones, Felipe estaba asombrado por el próximo matrimonio de su prima, pues

él no había pensado jamás que se casase, sino, muy al contrario, se había hecho á la idea de que había de seguir siempre muriéndose de amor por él; y el amor propio es cosa tan susceptible, que el joven no renunciaba á esta ilusión sin sentir cierto despecho. Conocía al joven Chaville, con quien Juana se casaba: era un muchacho vulgar, un aldeano.

—¡Vaya un matrimonio!.... ¡Bonita pareja!....

Corrían los primeros días de Junio, y la mañana estaba radiante. Los olmos de las avenidas, de plateados troncos, presentaban al sol del mediodía sus altas copas engalanadas de nueva verdura; los vallados y los escarpados fosos representaban, entre los helechos y el musgo, un mosaico de frescos colores, sobre el que los suaves olores de

las primaveras amarillas, los jacintos y las violetas medio escondidas en sus verdes pétalos, se mezclaban á los aromas salvajes.

Las praderas y los bosques cercanos, animados con los ruidos de los insectos y los cantos de los pájaros, despedían aromáticos efluvios. Felipe se detenía de cuando en cuando para escuchar, para aspirar y para recordar.

Á derecha é izquierda de la avenida que seguía el joven, se veían cercas formadas de montículos de tierra, que servían para separar los distintos prados. Al pasar por uno de aquellos prados, Felipe no pudo menos de detenerse á admirar el cuadro que se extendía á su vista. Entre los mazanos en flor, sembrados aquí y allí, había una fina y espesa vegada de margaritas y de botones de oro. Algunas vacas ru-

miaban con beatitud en aquella gran dehesa.

Al aproximarse más Felipe, vió que había una mujer en medio del prado: al principio creyó que era alguna criada que iba á ordeñar las vacas; pero se acercó más, y vió que su traje y su aspecto eran más distinguidos.

Parecía absorta en la contemplación de una hermosísima vaca blanca y negra, que se distinguía entre todas por el lustre de su piel y lo limpia y cuidada que estaba; cualquiera, al mirar, hubiera dicho que la joven la estaba hablando; después se puso á coger algunas hojas frescas, y volviendo al lado de la vaca, le presentó las frioleras que para ella había recogido. Cuando el animal hubo terminado su delicada comida, á la cual había asistido la desconocida muy seria, ésta

le pasó dulcemente la mano por la cabeza, acariciando un momento su fina y lustrosa piel. Después se dirigió en línea recta hacia el vallado, detrás del cual estaba Felipe. Mientras andaba, se bajaba de cuando en cuando y hundía sus dos manos en la hierba, aún llena de rocío, luego las frotaba la una contra la otra, y las levantaba, agitándolas al sol como dos abanicos.

Cuando estuvo á corta distancia del vallado y apercibió á un desconocido que la examinaba con curiosidad, cesó de agitar sus manos, y enjugándolas con el pañuelo, prosiguió su marcha.

Felipe tuvo de pronto la idea de que se encontraba á algunos pasos de su prima Juana, á pesar de que no podía conciliar con sus recuerdos la apariencia exterior de la joven que se adelantaba hacia él. Aún no distinguía bien

sus facciones; pero su actitud, su postura, y, sobre todo, sus graciosos movimientos, le asombraban. Llevaba la cabeza muy erguida, y andaba con esa especie de dignidad que caracteriza á las razas puras; con la grave elegancia de las jóvenes griegas y de las hermosas bretonas. Llevaba un velo de blonda con grandes flores, que había echado sobre sus magníficos cabellos. Cuando estuvo muy cerca de Felipe, el joven reconoció súbitamente su rostro, que animaban dos hermosísimos ojos azules, en los que se retrataba la bondad y la ternura. Debía ser algo míope, porque á medida que se aproximaba, entornaba algo los ojos, mirando con aire de sorpresa y de descontento al joven que se obstinaba en mirarla tan atentamente. Felipe, muy turbado, la saludó inclinándose. Juana se de-